



por Yoel PRADO RODRÍGUEZ\*

# La Globalización

## Entre tirios y troyanos

**D**efinitivamente, la palabra se ha puesto de moda en nuestros días. Y todo parece indicar que tendrá una larga existencia. En Gran Bretaña, Estados Unidos y otras latitudes donde el inglés es la lengua oficial, se le conoce como *globalisation*; los francoparlantes prefieren hablar de *mondialisation*; mientras que en el circuito iberoamericano se impone cada vez más el vocablo *globalización* para definir ese fenómeno fundamental e intensísimo que se está produciendo hoy ante los ojos del hombre.

Se ha dicho con gran lucidez que lo que presenciamos no son simples transformaciones, meros cambios en el contexto socioeconómico de nuestra época. Asistimos en realidad a un cambio de época vertiginoso y profundo, que origina encontronazos como todas las rupturas históricas precedentes. Recordemos, aunque sólo sea de manera fugaz, que no fue miel sobre hojuelas el tránsito desde los estadios más primitivos hasta la vida social organizada; tampoco lo sería más tarde la metamorfosis de la antigüedad esclavista en feudalismo, ni la transformación del Medioevo en Modernidad. Cada uno de esos capítulos vio la luz en medio de choques, pero a la larga triunfó su cosmovisión y finalmente debió ceder el turno a otras formas superiores. Eran peldaños que la humanidad tenía que recorrer en virtud de las propias leyes de la historia. Eran etapas imprescindibles que no podía eludir.

Como no puede hacerlo hoy con la globalización, que está ahí, presente y urgente, modificando a un ritmo avasallador este mundo que se adentra en el Tercer

Milenio. Ignorar el fenómeno, hacer como si no existiese, constituye una actitud francamente infantil. Por el contrario, en nuestros días lo más usual es asumir una posición concreta frente a él, que va desde la aceptación entusiasta y la idealización sin límites, hasta el rechazo tajante, absoluto, en el cual la crítica se torna devastadora. Afortunadamente, los extremos no lo monopolizan todo, y en esta encendida polémica sobre la globalización hay también enfoques intermedios.

Aunque el término globalización se ha popularizado en los últimos años, el fenómeno que describe tiene raíces profundas y antecedentes que se localizan varias décadas atrás. Es, en rigor, el fruto de un dilatado proceso histórico durante el cual se fueron gestando y perfilando sus principales características. Especialmente a partir de la segunda mitad del siglo xx, cuando la revolución industrial dio paso a la revolución informática. Este elemento no debe perderse de vista, porque a menudo se enfoca la génesis de la realidad globalizada en que vivimos desde un ángulo unilateralmente economicista, y se olvida que los orígenes hay que buscarlos en el prodigioso auge de las comunicaciones. Al mismo tiem-

po, vale subrayar que la dimensión económica es sólo eso: una de las tantas aristas de este fenómeno pluridimensional.

Fueron los avances científicos y tecnológicos en esferas como el transporte, la comunicación y sobre todo la información, los que cambiaron la rutina de nuestro mundo, los que modificaron de forma radical la organización de la producción económica, el flujo financiero y el comercio a escala planetaria. La velocidad de este proceso se multiplicó después de 1989, cuando los alemanes echaron abajo aquel Muro que se alzaba en Berlín cual barrera infranqueable entre los regímenes marxistas del Este europeo y el capitalismo de factura occidental. Tras el derrumbe, la globalización entró en una fase de expansión e intensificación que ya no soporta diques. Un autor ha sintetizado magistralmente estos cambios diciendo que el símbolo de concreto

segmento

se





objetivo, libre de prejuicios y de condicionamientos inútiles. Un examen en el que saltan a la luz los valores y las mezquindades de este fenómeno que, como indicó el Pontífice en otro de sus discursos sobre el tema, “es intrínsecamente ambivalente, a mitad de camino entre un bien potencial para la humanidad y un daño social con graves consecuencias”. Nuestro acercamiento, sin embargo, no debe ni puede quedar en el plano especulativo, ya que el mundo necesita algo más que disquisiciones filosóficas e ideológicas: reclama respuestas urgentes, inaplazables, para sus gravísimos problemas. Y esas soluciones hay que buscarlas de cara a la globalización, no de espaldas a ella.

Hace poco más de dos años, le escuché decir al Dr. Ricardo Arias Calderón, ex Vicepresidente de Panamá, que “esta época de cambios nos desafía hasta en lo más íntimo y quien no esté dispuesto a cambiar se autoexcluye de este mundo en gestación. Entra al museo de la historia y sacrifica seguir haciendo historia”. Nada más real. Por eso, como puntualizó el político demócrata-cristiano durante aquella conferencia que dictó en Cuba, “nuestra urgente tarea es mundializar la globalización, es decir,

humanizarla con sentido de la historia de los pueblos, de las realidades políticas a través de las cuales se toman las decisiones con respecto a la misma, y de las opciones morales que le dan su sentido a la vida humana”.

Cualquiera está en condiciones de comprender la envergadura del desafío. Humanizar la globalización exige acciones audaces, entre las que figura tomar muy en serio la propuesta que hizo hace años el Premio Nobel de Economía James Tobin, quien sugirió gravar las transacciones financieras internacionales para frenar la especulación y beneficiar a los pueblos con el dinero obtenido (la célebre Tasa Tobin). Humanizar la globalización significa defender las diversas culturas que colorean el mundo, frente a las tendencias que pretenden su forzada uniformidad. Humanizar la globalización significa consolidar los Estados —particularmente los de las naciones desprotegidas—, pero no sobre la base del autoritarismo o el atrincheramiento en posiciones fosilizadas, sino a partir de la profundización democrática y de la búsqueda de una mayor participación y representatividad. Humanizar la globalización significa robustecer la sociedad civil y multiplicar su presencia en la regulación de los grandes procesos que marcan el ritmo de la contemporaneidad. Humanizar la globalización significa el establecimiento de una ética que, sin olvidar las exigencias nacionales, tenga dimensión mundial.

Juan Pablo II lo proclamó enfáticamente en su alocución ante la Academia Pontificia de Ciencias Sociales: “La humanidad, al embarcarse en el proceso de globalización, no puede por menos de contar con un código ético común. Esto no significa un único sistema socioeconómico o una única cultura dominante, que impondría sus valores y sus criterios sobre cuestiones éticas. Las normas de la vida social deben buscarse en el hombre como tal, en la humanidad universal nacida de la mano del Creador”.

En la difícilísima tarea de estructurar una ética aceptable para todos, es preciso oír varias voces, acudir a varias fuentes. Entre ellas figuran, como es lógico, la razón y la filosofía... pero no bastan. Hay que escuchar también a las religiones, con su milenaria presencia en la historia humana, y especialmente al cristianismo, defensor de la dignidad de la persona y de la solidaridad entre los hombres. Sólo así se logrará el consenso para darle un rostro verdaderamente humano a este fenómeno que nos interpela y nos sacude en los umbrales del Tercer Milenio. □

**NOTA:**

\* Licenciado en Periodismo y en Historia. Miembro del Consejo de Redacción de la revista Amanecer, de la diócesis de Santa Clara.

**EL NEOLIBERALISMO SE MUEVE EN EL CAMPO DE LAS IDEAS: ES UNA CORRIENTE DE PENSAMIENTO QUE POSTULA EN TÉRMINOS CASI ABSOLUTOS EL IMPERIO DE LA PROPIEDAD PRIVADA, LAS LEYES DEL MERCADO Y EL LIBRE COMERCIO, ASÍ COMO LA DRÁSTICA REDUCCIÓN DEL GASTO SOCIAL Y EL PAPEL DEL ESTADO EN LA SOCIEDAD.**